

Aun se conservan en pié algunos de los altos pilares, aun se descubren los calados y las molduras, aun se percibe la forma mística de las ojivas, aun se encuentra intacta la gran ventana y la inmensa rosa de filigrana del altar mayor; pero columnas, molduras, rosa y calados, están negruzcos, cubiertos de musgo y abrigando entre las grietas las florecillas de las ruinas, que son arrebatadas por los vientos bramadores que anuncian el invierno en las regiones del Norte.

Las paredes medio caídas están cubiertas de yedra y de enredaderas, y entre las grietas asoman las campánulas, y anidan los pajarillos alegres, ufanos y gozosos, como en el tiempo en que volando por las polvosas vidrieras y por las altas naves unían su canto melodioso, con el canto severo y grave de los monges que daban gracias al Señor por la venida del nuevo día.

IV.

LA ISLA DE WIGHT.—PORTSMOUTH.

No hay cosa mas inútil, ni mas molesta, que los programas, cuando se trata de viajar; en primer lugar, porque lo mismo que en política, casi nunca se realizan; y en segundo, porque privan de esa libertad preciosa y necesaria para detenerse en un lugar cuando es bello ó interesante, para salir de otro en que se experimenta incomodidad ó fastidio, para pasar dias enteros, ó en un museo admirando las obras del arte ó debajo de un árbol bendiciendo las obras de Dios.

Así, salvo las ocupaciones ó deberes precisos, me propuse obedecer á mi fantasía y no formar otro plan ó programa que el de vagar por todas las partes á donde me condujera mi capricho.

El dia que habia dispuesto marchar á Lóndres, quise por última vez recorrer la pequeña ciudad de que he procurado dar una idea en el capítulo

antecedente, y de las casas de campo pasé á las tiendas, y de las tiendas á la orilla de la bahía. Al llegar al muelle un pequeño vapor con mas de cien pasajeros estaba preparándose para comenzar su viage. Sin hacer mayores indagaciones sobre el derrotero tomé un billete y salté en el vapor.

Dos horas y media navegamos por la ancha bahía que abastece de agua cada veinte y cuatro horas á los diques de Southampton. De un lado veíamos la costa de Inglaterra, y de otro lado la costa de la isla de Wight. Ambas costas presentando á veces colinas tajadas á pico y precipicios combatidos por las olas, y á veces llanuras fértiles y bien cultivadas que iban como á derramar la belleza de su vegetacion á las profundidades del Occéano.

Llegamos á Cowes, pequeño puerto de la isla Wight, donde tocan y dejan la correspondencia los vapores de Hamburgo y de la línea de Nueva-York.

La isla de Wight es notable por tres rocas agudas que hay en su parte nordeste, que les llaman las Agujas, por ser en este canal ó brazo de mar donde se hacen las *regatas* ó carreras del *Yach Club*, y por haberle escogido la reina Victoria para su residencia durante algunos meses del año.

En los tiempos antiguos la isla ha sido invadida por los romanos, por los sajones, por los reyes de Mercia, y finalmente por los daneses.

Despues de haber firmado el rey Juan la *carta magna* se retiró á la isla para concertar con los atrevidos pescadores y marineros que vivian allí, los medios de vengarse de los barones que le habian obligado á otorgar las bases que han servido de fundamento á la libertad de Inglaterra.

Detenido el rey Carlos I en Hampton Court trató de escaparse; pero fué hecho de nuevo prisionero por el coronel Hammond y conducido al castillo de Carisbroock donde hizo dos ó tres tentativas de fuga, que siempre se frustraron, hasta que fué llevado á Lóndres, juzgado y sentenciado á muerte.

Su hija y su hermano participaron de la cautividad del rey en la isla de Wight. La princesa Isabel, que era su hija, murió en su prision y fué enterrada en la iglesia de Newport. Su hermano, que era el duque de Gloucester, salió desterrado para Holanda.

Hoy la isla de Wight es propiamente un jardin delicioso donde la nobleza va á matar las horas de fastidio, causadas por la niebla y etiqueta de Lóndres. La reina misma, cansada de las ceremonias, de la grandeza, y agobiada con el peso del trono inglés, se retira al palacio de Osborne, con el príncipe Alberto y con sus hijos, á saborear algunas semanas las delicias del hogar doméstico.

Tres ó cuatro horas bastan para recorrer en una berlina toda la isla, visitar las cómodas y elegan-

tes *villas* de Lord Grantham, de Lord Listowell, del duque de Norfolk, y de otros grandes señores, comer un trozo de *roasbeef*, superior à todo lo que en Inglaterra se puede encontrar de este género y continuar el camino tomando el vapor para Portsmouth.

Portsmouth, como Calais, es una ciudad antigua y llena de fortificaciones, de castillos y de puntos militares. Además, es hoy un puerto destinado para los buques de guerra ingleses, donde hay astilleros, almacenes, fábricas y todo lo necesario para la construcción y armamento de las embarcaciones.

Como la ciudad nada tiene que llame la atención me dirigí á los muelles; la bahía es ancha, hermosa, segura y profunda, y puede contener cómodamente tres ó cuatrocientas velas de guerra.

Un viejo marinero, robusto como un hércules, me invitó á entrar en su bote, lo hice y después de un largo y agradable paseo nos dirigimos á visitar el *Real George*, navío de ciento sesenta cañones y que ha sustituido á otro de igual nombre que naufragó instantáneamente á la entrada del puerto, pereciendo toda la tripulación.

Muchas embarcaciones mercantes de diversas formas y tamaños habia yo visto; pero no tenia una idea cabal de la solidez, de la fortaleza y de la dimensión de un navío de línea. Las escaleras interiores y exteriores son amplias y cómodas como las de una casa, y las divisiones y compartimien-

tos del interior tan sólidos como los de un castillo construido en tierra firme. Todo está en un orden tan perfecto y tan regular en esas fortificaciones movibles, que revelan de una manera admirable el poder y la fuerza del hombre, que nada se puede decir que estorbe ó que esté fuera de su lugar. El depósito de agua, que es un verdadero aljibe, el almacén de pólvora, las balas y la metralla para 160 bocas de fuego, los instrumentos de abordaje, los útiles y materiales para reparar en la guerra una pronta avería, todo, en una palabra, está en un lugar cómodo y á propósito, sin que embarace, estorbe ó se inutilice, aun en caso de una tormenta desecha.

Además de esto, de las velas, cables, anclas, cadenas y todo lo necesario para el movimiento y servicio del navío, constantemente se alojan y viven en él comodamente sobre mil doscientas personas, entre tripulación, oficiales, tropas marinas y criados; y ya en guerra, ya en paz, ya en medio de la calma ó ya entre los horrores de una tempestad, estas mil doscientas personas se levantan, comen y se acuestan á una misma hora, con mas exactitud que los monges de un convento, y solo en los momentos mismos de una acción ó de un naufragio se interrumpen las ocupaciones el método y el servicio de los que habitan estos palacios flotantes. El marinero que me hacia notar todas estas circunstancias, llevaba trein-

ta y cinco años de servir en la marina inglesa, y me decia que estaba tan habituado à la vida del mar, que cuando vivia dos ó tres dias en tierra, se fastidiaba y entristecia tanto como si estuviese en una prision.

Despues del *Real George* visitamos à la fragata de vapor *Victoria*, al navío *Trafalgar* y à otros de menor importancia, admirando en todos la esactitud matemática en el servicio y el órden y precision invariable aun en las cosas mas pequeñas é insignificantes. Esta esactitud y este órden muy notables en la marina inglesa, son la causa del poder, y el apoyo de la grandeza y prosperidad de la nacion.

Portsmouth ademas de su importancia por sus grandes almacenes de marina, por esa reunion de inteligentes operarios empleados en los astilleros y por esa multitud de poderosos buques de guerra que amenazan desde las aguas tranquilas de la bahía à todos los enemigos de la Inglaterra y tienen à raya à todas las naciones envidiosas de la prosperidad de este pueblo, fué el teatro de una catástrofe que cambió quizá por algun tiempo los sucesos políticos de la Europa.

Perseguido el duque de Buckingham no solo por el odio del pueblo, sino tambien por la oposicion del Parlamento, se decidió à salir de Lóndres y tomar el mando de la escuadra destinada à la Rochela. En los momentos de embarcarse se presentó en la

calle principal de Portsmouth un jóven puritano llamado Felton, que le atravesó la espalda de una puñalada. Buckingham era el cortesano mas cumplido y mas romántico que tenia la Inglaterra; el amante de Ana de Austria; el mismo que al presentarse como embajador en la corte de Francia, rompió al disimulo un hilo con que estaban atadas las perlas que bordaban su capa y las dejó caer en el suelo, sin dignarse siquiera ni aun bajar la vista para observar quien las recogia.

Cárlos I estaba en la iglesia cuando recibió la noticia de la muerte de su favorito. Continuó sus oraciones sin que una sola de las facciones de su rostro melancólico se alterase ó descompusiese. Solo al tiempo de levantarse dos làgrimas rodaron por sus mejillas. Muerto su amigo, su consejero y su ministro, de una manera tan funesta en medio de su juventud y de su brillante carrera, se consideró completamente aislado como rey y como hombre, y una tristeza profunda, que solo disipaba de vez en cuando las caricias de la reina, le acompañó todos los dias que transcurrieron hasta su muerte, tanto ó mas trágica que la del cortesano y amable duque de Buckingham.